

*Algunas palabras para una celebración en la ocasión de la entrega del  
Premio Anual a la Labor Docente 2012-2013*

Profesor Cristian Álvarez

Caracas, 20 de enero 2014

Estimado Rector, Profesor Enrique Planchart;  
Estimados Vicerrectores, Profesores Rafael Escalona y William Colmenares;  
Estimado Secretario de la Universidad, Profesor Cristian Puig;  
Estimados profesores decanos y directores;  
Estimados profesores premiados distinguidos con este premios especial;  
Estimados profesores compañeros del jurado de este premio;  
Estimados profesores, estudiantes, trabajadores, amigos todos:

Cuando con suma gentileza desde el Vicerrectorado Académico me pidieron que pronunciara unas palabras para este acto, pensé en tres imágenes o acaso ideas a las que pudiera darles forma en una contribución modesta que a la vez fuera recordatorio y obsequio intangible para quienes seguimos la ruta de la docencia universitaria en nuestra querida Casa de Estudios. Así trataré de hacerlo, mas pienso que debo comenzar por subrayar el motivo que nos reúne en este momento de especial celebración, y de esta manera, junto con mis compañeros del jurado de este premio, deseo felicitar muy calurosamente a los profesores que se hicieron merecedores del reconocimiento por su sobresaliente desempeño y dedicación docente en la Universidad Simón Bolívar durante el año académico 2012-2013. Creo, asimismo, que estas congratulaciones deben extenderse a cada una de sus cercanas familias, pues ellas han acompañado y acompañan, con su apoyo amoroso y en el compartir del día a día, a quienes hoy son galardonados por su labor en una profesión que entraña una singular generosidad.

He mencionado que estamos en una celebración especial. Pero con nuestra nación inmersa en una aguda situación crítica que ha ensombrecido la cotidianidad y distorsionado severamente el sentido de la convivencia, y, aunado a ello, en la inquietud de un contexto amenazante de la institución universitaria, tal vez podamos preguntarnos qué celebrar, qué objeto tiene un acto festivo como este y por qué hacerlo. Y es quizás en este punto interrogante donde la búsqueda de una respuesta pueda precisamente esclarecer —o recordar— una senda que extienda y desbroce nuestro camino hacia una meta significativa y que siempre ha estado entre nosotros de un modo tácito.

El celebrar, con la alegría y la sonrisa que implica, es en sí mismo un afirmar, un decir *sí* a una forma de ser y de hacer sustentada en una convicción de vida, en una creencia cierta y su consecuente valor; es un asentimiento que se potencia aún más en la fe compartida de una comunidad. Y esta definición del celebrar me lleva a una imagen —la primera que quisiera dibujar— asociada con el origen de la palabra *profesor*, que ya en 1737 el *Diccionario de Autoridades* recogía como “el que ejerce o enseña públicamente alguna facultad, arte o doctrina”, señalando su etimología en la palabra latina *professor*, es decir, aquel que *profesa*, confiesa y manifiesta delante de todos su saber y su creencia, una elección libre que a la vez determina esa misma forma de vivir. Alguna tradición histórica ve en los cristianos primigenios a los primeros profesores porque justamente “profesaban” su fe de modo público, una necesidad de manifestar una visión y su saber revelado, aunque con ello pudiera poner en peligro su vida. Y así, a través de la historia de las palabras, se traza la figura del profesor en la que se integran sin discontinuidad el conocimiento, el ser y la tarea de enseñanza como una profesión que se hace vida. A la afirmación vital que se vincula al celebrar, como decía antes, corresponde la opción del profesar docente: un convencimiento en el saber que sigue buscando, y que así se expresa y enseña.

Ello me lleva a la segunda imagen de este bosquejo de ideas. Discúlpeme que traiga una anécdota personal, pero esta quizás sintetice lo que creo que se deriva naturalmente de la figura anterior y de su profesar. En una de las tantas marchas caraqueñas en las que los distintos miembros de la comunidad universitaria participaban en la expresión del justo reclamo, una estudiante me preguntó sonriente y con sana curiosidad expectante por qué escogí ser profesor. Pensé por un momento en qué es lo que hacía como docente y su vinculación con mis estudios, y me miré a mí mismo en el aula ante los alumnos exponiendo, con mi pasión, los hallazgos que había percibido y aún percibía con asombro y maravilla en la disciplina del conocimiento a la que me condujo mi propia vocación. Respondí entonces: “Porque cuando uno encuentra algo bueno quiere y busca compartirlo”. Mi respuesta era en realidad una variante del antiguo adagio que nos dice que el bien, por su propia naturaleza, se difunde; y que en el caso específico de la docencia universitaria llega a traducirse en la aspiración de compartir el bien del conocer y de la misma actividad inacabable que intenta descubrir o comprender alguna faceta de la realidad que nos ha tocado estudiar. Y es precisamente el sabor del saber y aquella dicha del asombro de nuestra mirada al universo y a lo humano lo que intentamos compartir con nuestros alumnos.

Llego finalmente a la tercera idea-imagen que sin duda recoge en compendio las dos anteriores a través de una frase que me resulta emblemática: “Educar con lo

que somos”. Este es el título de un interesante artículo del Profesor Rafael Tomás Caldera que puede encontrarse en uno de los viejos números de *Universalía*, la revista del Decanato de Estudios Generales disponible también en la web. Más allá de los conocimientos que tratamos de impartir o de las destrezas y competencias que intentamos lograr en nuestros estudiantes, con más o menos acierto, lo que también mostramos, entregamos y legamos a ellos es una actitud ante el saber de la disciplina que cultivamos, nuestro gusto o amor por y en ella que se trasluce en el modo de trabajar y en aquello tan particular de la dinámica de las clases o de las otras actividades docentes. Independientemente de los carismas o, en el otro extremo, de la ocasional torpeza de nuestras presunción, obstinación o impertinencia en el trato, la labor docente se expresa en la forma de ser que reúne aquellas actitudes que se construyen con nuestro carácter y nuestra disposición ética. La atención, el cuidado y rigor en el trabajo de nuestra disciplina; la pasión por el conocimiento y por enseñar; la honestidad intelectual y la apertura permanente a la verdad, cualquiera que sea su origen y fuente, dibujan una forma que alecciona e inspira, esto es, *educa*. De esto se colige la alta responsabilidad que tenemos ante nuestros alumnos.

Comprender que ser profesor consiste en profesar un saber que se hace forma de vida, y compartir así con nuestros estudiantes el bien de los hallazgos de nuestro indagar, es educar con lo que somos. Con el premio hoy procuramos reconocer esta labor que cada miembro del cuerpo docente realiza cada día. Pienso que indefectiblemente de esta convicción surge o, mejor, se forja una esperanza para nuestro país cuando pensamos en cómo la honestidad de nuestro quehacer puede educar al estudiantado atendiendo su conciencia libre; nuestra “herencia”, si así puede llamarse, estará en parte en aquellos logros y servicios que alcancen los egresados como profesionales y ciudadanos íntegros. Concluyo esta felicitación personal para los profesores premiados con la cita de otro destacadísimo profesor que dejó honda huella en Venezuela. Ángel Rosenblat, Doctor Honoris Causa por nuestra universidad, formulaba esta esperanza de un modo tan exacto como sugestivo: “La pequeña gloria del maestro está en la grandeza de sus alumnos”.